

Una niña dócil encuentra la felicidad á cada paso que da en el camino de la vida; doblgando su voluntad á la de sus superiores, va caminando tranquila y confiada, segura de encontrar siempre un apoyo, un consuelo y una ayuda cerca de las personas á quienes manifiesta tanta confianza.

Nunca sabe decir *no* á sus maestras; y no es porque no le cueste sacrificio algunas veces; pero sólo experimenta un pequeño estremecimiento pasajero, mas nunca se levanta en su corazón un sentimiento de rebelión.

Cuando se sabe leer en las almas, se echa de ver en la de una niña dócil el sello de Jesucristo.



## CAPÍTULO XII

### La desobediencia.

#### 47.—*Naturaleza de la desobediencia.*

La desobediencia es la forma más ordinaria del orgullo. Es verdad que no nos es permitido juzgar al prójimo desfavorablemente; mas no obstante, si veis á una niña que se complace en desobedecer, podéis decir, sin temor de engañaros: esta niña es orgullosa.

En efecto, el desobedecer es no someterse: ¿y no es éste el carácter propio del orgullo?

La desobediencia reflexiva, que llega á hacerse un hábito, despoja

á la niña de toda su amabilidad, y poco á poco, no quisiéramos decirlo, la hace detestable: la desobediencia la lleva *al capricho*, y el capricho *á la obstinación*.

Ya después no hay otros grados, y entonces no es la niña la digna de compasión, sino su pobre madre, pues al que está muerto, se le llora: no se le compadece.

48.—¿Cómo se forma el hábito de la desobediencia?

Es verdad que insensiblemente se llega á ser desobediente; pero la pendiente aquí es muy rápida; pues se tiene al orgullo por amo, y el orgullo agujonea con una fuerza extraña.

Comienza la niña por cumplir perezosamente con lo que se le ha mandado; este descuido en el trabajo conduce *á la negligencia*.

Ya no concluye el trabajo, paré-

cele largo, difícil, fastidioso; y, ó lo deja enteramente, ó lo hace muy mal.

A una justa observación de la maestra, murmura, y después, sobre todo delante de las compañeras se explaya con mil quejas, dando razones imaginarias de fatiga ó de imposibilidad.

No quiere cejar para nada en la discusión; y como el derecho queda por parte de la autoridad, *se rebela*, ó si se siente demasiado débil ó poco apoyada por sus compañeras, se queda en una inmovilidad espantosa. Esta es la obstinación, que se asemeja algunas veces á la estupidez.

Se deja regañar; pero ni escucha nada, ni obedece.

49.—Efectos de la desobediencia.

La desobediencia hace que se entibie primero, y á poco que se des-

truya, el afecto que se nos tenía.

Es menester que esta falta tenga alguna cosa bien repugnante, pues to que hiela aun el corazón de una madre.

La *hija ingrata* la hará llorar, torturará su corazón; y sin embargo, esta buena madre la amará todavía.

La *hija perversa* la cubrirá de vergüenza, y todavía la amará.

La *hija culpable* traspasará su alma de dolor, y siempre la amará.

Ante la *hija desobediente*, la madre permanecerá fría, sin afecto, y la verá irse alejando sin conmoverse.

La desobediencia inspira un sentimiento de repulsión que la impele á separarse de la hija que tiene este desgraciado defecto.

¿Veis cómo la madre aparta con cuidado de sus otros hijos á la que es desobediente? Pues no obraría de otro modo si la viese atacada

de una enfermedad contagiosa.

La desobediencia produce la ignorancia. Aquella que no aprende sino lo quiere, que no escribe sino á la hora que tiene ganas, y que no escucha sino cuando le place, ¿qué puede saber?

La charla no es la ciencia.

En fin, la desobediencia perjudica el carácter, hace á la niña adusta, la acostumbra á vivir en contradicción con todo el mundo y á no poder soportar la menor observación.

¿No es ya bastante esto? ¡Desgraciada de la niña que después de leer estas cortas líneas, no se avergüenza y no toma la firme resolución de corregirse de este defecto si se reconoce culpable!





### CAPÍTULO XIII

#### El agradecimiento.

50.—*¿Qué cosa es el agradecimiento, y cuál es su naturaleza?*

El agradecimiento es el recuerdo del beneficio recibido, junto con el deseo de ser útil al bienhechor.

Es la memoria del corazón; y de todos los deberes, el más fácil de cumplir.

Cuando el corazón es bueno, luego que recibe un beneficio ó una palabra cariñosa, inmediatamente, sin esfuerzo, y aun sin que piense en ello, este corazón se abre para dejar salir una palabra de agradecimiento.

Por todas partes donde reine el agradecimiento podemos estar seguros de encontrar la virtud: el perfume supone siempre la flor, y el agradecimiento es el perfume de la virtud.

¿Queréis, pues, tener un medio infalible para juzgaros? Cuando os sintáis inclinada á olvidar, y sobre todo cuando el recuerdo de un beneficio os pese, ó tan sólo que pase por vuestra alma sin penetrar en el fondo, decíos á vos misma con confusión: *Me estoy haciendo mala.*

51.—*Efectos del agradecimiento.*

El olvido comienza y la perversidad acaba.

1.º El agradecimiento ensancha el corazón, le enseña á ser bueno y á mostrarse generoso: el que es agradecido, fácilmente se convierte en bienhechor.

Háse dicho con mucha gracia

que el agradecimiento era *la riqueza del pobre*, y es la verdad, porque hace que se encuentren mil medios ingeniosos para dar las gracias sin lastimar la modestia.

2.º El agradecimiento estrecha los lazos de la familia y de la sociedad: no hay cosa que atraiga tanto un beneficio como otro beneficio, y que interese al corazón como esos obsequios recíprocos.

*Acordarse, amar, corresponder*, tal es el fondo de esta virtud.

¿Quién no ve en este cambio de beneficios, en este dulce comercio y esta unión de corazones que luchan por saber cuál de los dos se cansará más pronto de ser bueno, quién no ve la caridad de los Santos? ¿Quién no comprende que la tierra, bajo el imperio del agradecimiento, vendría á ser un reflejo del cielo?

52.— *¿Cómo debe manifestarse el agradecimiento?*

1.º El agradecimiento *es pronto*; porque si fuera el resultado de la reflexión, no sería más que el pago de una deuda.

Un agradecimiento tardío hace dudar al bienhechor si ha agradaído con su beneficio.

2.º El agradecimiento *es expansivo*; se manifiesta, ó por medio de las palabras, ó por las acciones; pero la delicadeza y el tino deben acompañar á esta expansión del corazón.

Devolver el equivalente de lo que se ha recibido en el momento en que la mano del bienhechor acaba de abrirse, es mirar el beneficio como un fardo del que se tiene prisa en sacudirse.

No tengamos nunca el aire de devolver; tengamos siempre el de dar.

3.º El agradecimiento *es alegre*. Hay una manera tal de recibir, que sólo eso es ya agradecimiento.

Mostrad á vuestro bienhechor que ha hecho á una persona feliz, y que su tacto ha sabido adivinar vuestros deseos y vuestros gustos; y ya nada más pedirá, ni aun una palabra de usual cortesía.

Y aquí se presenta una preciosa cuestión que resolver: ¿quién de los dos es más feliz: el que da, ó el que recibe?

Creo que el que da, porque el que recibe no está satisfecho sino cuando ha dado á su vez él también.

No olvidemos que los corazones muy inocentes son los que saben ser muy agradecidos.



## CAPÍTULO XIV

### La ingratitud.

53. —¿Qué cosa es la ingratitud?

La ingratitud es desconocer el beneficio, con la intención de no corresponderlo jamás.

Es esta una llaga muy repugnante, que se extiende sobre el corazón, y que no ocasiona ningún dolor á quien la padece, pero hace experimentar un movimiento de horror á todos cuantos la ven.

No diremos más que una palabra de este vicio; sólo el decir á uno que es ingrato, le ofende, tanto más, cuanto que, una vez implantado en el alma, ya casi no es posible la curación.

¡Desgraciado del ingrato! El abismo que absorbe todo lo que la pendiente de sus bordes arrastra á sus profundidades, y no exhala más que un olor infecto; la serpiente que se alimenta de flores olorosas y sólo derrama un veneno pestilencial, son la imagen de su triste corazón.

54.—*Causas de la ingratitud.*

La primera causa de la ingratitud es *el orgullo*. El orgullo no quiere confesar que ha recibido un beneficio, ó bien se imagina que el favor que se le hace se le debe de justicia.

El orgullo es el que hace ingratos para con su familia, y hace derramar tantas lágrimas á las pobres madres abandonadas por sus hijos.

El orgullo es el que hace olvidar

á la niña el convento donde fué educada y las maestras que tanto la amaron.

¡Y si sólo se contentase con olvidar! Pero como siente remordimiento, quiere justificarse; y juntando en su corazón todos los castigos que le impusieron y todas las penas que sufrió, al hablar del convento, dice: *Bastante tuve que sufrir allí*; y al hablar de sus maestras, dice: *¿Qué bien me han hecho?*

La segunda causa de la ingratitud es algunas veces, aun á nuestra edad, *la avaricia*. Háse calculado el valor de un beneficio; se ha aceptado, pero con el pensamiento de no corresponderlo, y se sacude, como demasiado onerosa, hasta la idea del agradecimiento.

La tercera causa es *la apatía*. Hay almas sin vigor, que sin hacer jamás reflexión por decirlo así, acerca de sí mismas, se contentan con vivir materialmente, sin pensar

que haya otra vida más que la del cuerpo.

Si no comprenden los beneficios que se les hacen, ¿cómo han de procurar recompensarlos?

Sólo lo que lisonjea *su vanidad* ó *sus sentidos* es lo que tiene el poder de conmoverlas; pero ni la vanidad ni los sentidos saben agradecer, pues el agradecimiento no viene de allí, sino del corazón.

La última causa es *la perversidad*. Al perverso le pesa el beneficio; casi no quisiera que se le hicieran, por no verse obligado á corresponderlo; y una vez recibido, se avergüenza primero, luego se irrita cada vez que lo recuerda, y, finalmente, aborrece con una energía á veces feroz.

Felizmente estas almas son harto raras.

55.—*Efectos de la ingratitud.*

El primer efecto de la ingratitud, es el remordimiento que devora al ingrato.

El beneficio se imprime en el corazón bajo las facciones del bienhechor desconocido, y á cada nuevo esfuerzo para destruirlo, parece que adquiere nueva vida. Esta imagen le persigue por todas partes y á veces le obliga á desterrarse para escapar á su mirada. La vista de su convento molesta á la niña ingrata, y no puede sufrir sin experimentar como una tortura el que se pronuncie delante de ella el nombre de sus maestras.

El segundo efecto de la ingratitud sería agotar la fuente de los beneficios; mas Dios ha creado grande al alma que ha hecho generosa, y por eso sabe que no es me-

nos bello el hacer ingratos que el hacer felices, y continúa su vida de abnegación.

¡Oh! No seáis ingrata en la actualidad: y pues no hay ni una hora en que no recibáis un beneficio, que también no se pase ni una hora sin que manifestéis vuestro agradecimiento, á lo menos por un acto de obediencia.

Tampoco seáis ingrata más tarde, pues lo que aprendéis aquí, y que en el mundo servirá para vuestro bienestar, se levantaría contra vosotras y entristecerá vuestra vida.

56.—*¿Cómo debemos portarnos con los ingratos?*

Más tarde tendréis que hacer ingratos, porque seréis buena, y aun podríais dudar de vuestro corazón si no los encontraseis. Ya sabéis la

improvisación de una joven respondiendo á su compañera:

Berta un ingrato no ha hallado;  
Tal dicha en verdad me admira.  
Mas no hay que admirarse, mira:  
Un favor con nadie ha usado.

Diríase que el buen Dios permite la ingratitud para tener la felicidad de recompensar por sí mismo el céntuplo del bien que hemos hecho, y que nunca se nos ha pagado; y también porque gozaríamos demasiado en practicar el bien, si encontrásemos siempre corazones agradecidos.

No os canséis, pues; trabajad con seguridad para el cielo: quizá también el único medio de curar á una alma ingrata sería abrumentarla con nuevos beneficios.

Esto es lo que hace el buen Dios con nosotros.





## CAPÍTULO XV

### La urbanidad y la grosería.

#### 57.—¿Qué cosa es la urbanidad?

La *urbanidad* es la atención constante á no decir ni hacer sino lo que puede ser agradable á los demás.

Es el deseo legítimo de agradar á todo el mundo, la cadena de flores que ata entre sí los miembros de la sociedad.

Su fin es hacer que las relaciones mutuas sean dulces, fáciles y afectuosas, y, por consiguiente, procurar la felicidad. ¿Pues no veís que la mayor parte de nuestras penas vienen de las relaciones forzadas que tenemos con los demás?

La urbanidad es como un aceite perfumado que se pone en las ruedas de la sociedad, el cual reanima la vida; y si el afecto hace su felicidad, sólo la urbanidad forma su encanto.

Es una moneda hecha con un metal precioso, compuesta de las virtudes del corazón, y circula en todos los países y entre todas las gentes.

Una persona cortés y educada, se conoce en el cuidado que pone en hacer que los que la rodean estén contentos de ella y de sí mismos.

El resultado necesario de este cuidado es hacer á esa persona amable.

No podemos exponer aquí más que algunos principios generales, esas mil pequeñeces; pues los multiplicados y menudos detalles que forman la urbanidad, no se aprenden en los libros.

58.—¿Qué cosa es la cortesía?

La urbanidad tiene por compañera á la cortesía, que no es más que un ceremonial exterior por el cual uno saluda, sonrie, se inclina de tal ó cual manera, según las personas con quien habla ó las costumbres de los países, casi como esos juguetes de los niños que se manejan por medio de unos hilos.

La urbanidad es facticia, tirante y molesta, si la cortesanía no viene á suavizarla y á prestarle su gracia y sus encantos.

Varía según los tiempos y las comarcas, mientras que la urbanidad es por todas partes la misma. Es un arte que pide tiempo y lecciones para aprenderse; la urbanidad es conocida de todo buen corazón, y tan luego como se la posee, ya no se nota la ausencia de la cortesía.

Es cierto que la piedad no revela

á un buen corazón todos los misterios de la cortesanía; pero lo dispone maravillosamente á aprenderlos.

59.—¿Qué cosa es el buen tono?

El *buen tono* parece reunir al mismo tiempo la urbanidad y la cortesía. Es una reserva exterior que hace á cada uno, por la amabilidad, respetarse y hacerse respetar de los demás.

De este respeto mutuo nacen la gracia en el semblante, la afabilidad de las palabras, el gusto exquisito en el vestir, y, en una palabra, lo que se llama *las conveniencias*.

Puede decirse que las mujeres son siempre las que extienden las maneras distinguidas, ó las hacen desaparecer de la sociedad.

La presencia de una *señora cortés y fina* es por sí sola una garan-

tía para la decencia; llega á ser un estorbo saludable, que no permite á nadie apartarse de las leyes del decoro, y obliga á los más imprudentes á poner cuidado en sus discursos.

No es una adulación, sino la fuerza de la verdad la que hace decir:

Los hombres son quienes forman las leyes, mas las mujeres son las que forman las costumbres.

60.—¿En qué partes debe principalmente mostrarse la urbanidad?

Dos son los teatros en los que está llamada á desarrollarse la vida de la joven, y son el hogar doméstico y el salón.

El uno representa la vida de familia; el otro la vida de sociedad.

La joven debe formar parte de una y otra, y de ella es de quien reciben su impulso.

Por poco tino que se tenga, es fácil mostrarse amable en un salón; más desgraciadamente se olvida que en la familia es donde con especialidad debe mostrarse.

En la familia hay pocas ocasiones de prestarse grandes servicios; y si se omite la urbanidad, ¿qué queda? ¿La amistad? ¡Ay! Esta se entibia muy pronto cuando faltan los buenos procederes; el amor fraternal disminuye, y aun el corazón de la madre apenas se atreve á manifestar su amor.

Es verdad que en la familia no hay el ceremonial que impone la cortesía; pero hay la abnegación, el espíritu de caridad, que hace que nos sacrifiquemos por evitar una pena á los demás ó procurarles un contento.

En un salón, debéis *ser amable*, pero *siempre digna*; y no seréis ni lo uno ni lo otro sino en cuanto seáis *virtuosa*.

La amabilidad templará lo que la dignidad tendría de austero; y la dignidad quitará á la amabilidad la ligereza que os haría despreciable.

Es un arte muy difícil esta combinación de dos cualidades al parecer opuestas; sólo la virtud puede enseñarlo. “No hagáis nunca parada de vuestras buenas cualidades, decía una señora de talento; pero tampoco os despojéis de ellas jamás.”

61.—*¿Qué cosa es la grosería?*

La *grosería* es la descortesía habitual, es decir, el olvido de todos los miramientos que nos debemos los unos á los otros.

Si la urbanidad nos encanta y nos atrae, la grosería es repugnante y nos causa fastidio y aversión.

“Una joven puede no ser bonita, elegante, ni espiritual—dice una

señora del gran mundo;—mas nunca le es permitido dejar de ser amable, y la amabilidad es la urbanidad bien entendida.”

La finura y la urbanidad suplen muchas veces al talento, ó más bien parece que se lo dan á la persona que nunca lo ha tenido; por el contrario, el talento no puede reemplazar la urbanidad. “Una persona de finos modales es un ornato en la sociedad, al mismo tiempo que una persona grosera es una mancha que la afea.”

Si me fuera preciso pasar mi vida con una persona tonta ó grosera, no vacilaría en escoger la tonta; porque un tonto puede ser bueno, mas un grosero es siempre egoísta y malo.

Sin ser enteramente grosero, se puede muy bien ser molesto, principalmente cuando no queremos *sacrificarnos en nada*. Una de las causas de la grosería, en la cual no

nos fijamos mucho, es la inexactitud. "El retardarse *un poco* para las comidas, el no estar *enteramente* pronta cuando hay que salir, el llegar *un cuarto de hora* después de la convenida, son bagatelas ciertamente, pero que con frecuencia vienen á ser muy fastidiosas para los demás.

El hábito de obedecer al reglamento os irá ir adquiriendo, sin sentirlo, esta exactitud que es tan preciosa; no la perdáis, pues, niñas, y no olvidéis que siempre se dice, ó por lo menos se piensa mal, de la persona que se hace esperar.

Ya lo véis cómo una señora debe tener muy buen sentido y mucho tacto para cumplir su misión en el mundo.

Á vuestra edad, adquiriréis todo lo que os es indispensable, al lado de vuestras maestras primeramente, y más tarde en compañía de vuestra madre, escuchando sus

consejos, recibiendo sus reprobaciones y dejándoos formar por su experiencia.

Terminemos por este pensamiento, que resume lo que hemos dicho, y que, bien meditado, enseñará lo que no hemos podido decir: *La vida debe ser un perpetuo sacrificio de sí mismo en favor de los demás.*

He aquí el secreto de la urbanidad, lo mismo que el de la virtud.

